

zado por las muertes, destrucciones y despojos perpetrados por éstos en la fase inicial del conflicto. El balance de la situación para los cristianos nuevos de Toledo, una vez restablecido el orden, no podía ser más lamentable: los principales cabecillas de su alzamiento encontrarían trágica muerte; «una muchedumbre de todos los principales» se vio obligada a huir de la ciudad; a los que quedaron se les vedaba el acceso a cargos públicos y beneficios eclesiásticos. Aunque algunos años después se revocaría esta rigurosa medida—que ratificaba y aun ampliaba la doctrina discriminatoria mantenida casi dos decenios antes en el Estatuto de Pero Sarmiento—, los sucesos del verano de 1467 proyectarían la sombra de su recuerdo durante mucho tiempo sobre la erosionada comunidad de los conventos toledanos, alineándose junto a otros lamentables episodios (los de 1391 y 1449) de trágica significación para la población de ascendencia judaica, a la que aún aguardaban duras pruebas.

Un índice toponomástico final enriquece la presentación del libro, que cumple con creces los dos objetivos fundamentales que su autor se señala en las páginas introductorias: situar en concretas coordenadas de lugar y tiempo la observación del nacimiento y primeras manifestaciones del fenómeno converso y facilitar, en estrecha conexión con la reconstrucción fáctica, algunos materiales documentales que por su expresividad sirven perfectamente a la reflexión y tratamiento didácticos de uno de los temas centrales y esencialmente polémicos de la historia hispánica.—  
J. I. RUIZ DE LA PEÑA.

## KAFKA, FELICE, EL PODER

La publicación en 1968 de las cartas enviadas por Franz Kafka a su novia Felice de 1912 a 1917 (son nada menos que 750 páginas) pareció arrojar nueva luz sobre el siempre enigmático judío de Praga. El ensayista, narrador y dramaturgo Elías Canetti (nacido en Bulgaria en 1905, hijo de judíos españoles, doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Viena, reside en Londres) realizó entonces una relectura de la obra de Kafka, que ha salido en español bajo el título de *El otro proceso de Kafka*<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> ELÍAS CANETTI: *El otro proceso de Kafka*, Muchnik Editores, Barcelona. 1976, 208 págs. (la edición en alemán, 1969).

Recuerdo con cierta precisión la indignación de un articulista del *Nouvel Observateur* (Michel Cournot, pienso) ante la inesperada imagen de un Kafka verdugo, torturando, manipulando a la siempre frustrada Felice durante cinco años, experimentando con ella en vista a resultados literarios. Creo igualmente recordar una foto de Felice, su enérgico rostro de aspecto caballuno. No hay manera, no hay ninguna manera de imaginarla junto al frágil Kafka. O sí, justamente. También para Elías Canetti la relación Franz-Felice (casi exclusivamente epistolar) tiene una coloración egoísta: «La lucha que él desencadena por conseguir esa fuerza que le proporcionan las cartas diarias de ella tiene un sentido: no se trata de un epistolario fútil, de un fin en sí mismo, de una mera satisfacción, sino que está al servicio de su *creación literaria*» (pág. 27, subrayado de E. C.). Pero Canetti no plantea el asunto en un terreno moral, sino existencial. No considera, desde luego, que Kafka haya buscado a Felice consciente y exclusivamente para utilizarla y no hay nada para sostener esto ni en la correspondencia ni en los diarios del escritor. Por lo demás, Felice no sufrirá sola—aunque, ¿quién podrá decir si más o menos que Kafka?—. Opinar que hubiera sido más sano que Kafka no entablara o no prosiguiera el extraño amorío no tiene mayor sentido. Canetti, por su parte, va registrando los ecos entre las cartas y las narraciones del checo, y resulta evidente que Felice lo «está nutriendo con sus cartas» (pág. 39). También que era un noviazgo condenado al fracaso, dada la importancia de «la soledad de la creación literaria» (pág. 67) en Kafka. Y más el hecho de que «el miedo es, junto con la indiferencia, su principal sentimiento frente a otras personas» (pág. 87).

Canetti empieza planteándose la legitimidad de leer la correspondencia de Kafka, quien era a su vez un lector sin escrúpulos de epistolarios. La última razón parece envolver tanto a Canetti como a Kafka: «Ante el horror de la vida—afortunadamente la mayor parte de la gente lo nota esporádicamente, y sólo unos pocos, erigidos en testigos por fuerzas interiores, son permanentemente conscientes de él—sólo cabe un consuelo: que dicho horror es el mismo que experimentaron testigos anteriores» (páginas 12-13). Queda resuelta la cuestión rotundamente. Y pasamos al encuentro entre Franz y Felice.

#### VENTAJAS DE UNA NOVIA BERLINESA

Se conocen el 13 de agosto de 1912 en casa de Max Brod. Franz le escribe por vez primera el 20 de septiembre, pero ya ha hablado de Felice el 14 de agosto en carta a Brod: durante la visita se encontró «bajo los efectos de la muchacha» y luego ha pensado mucho en ella (pág. 14).

Canetti—como Kafka en varias de sus cartas—se detiene morosamente en este primer encuentro (págs. 13 a 24). Importa precisar la imagen de Felice: «Una persona *determinada*, que se muestra con franqueza y rapidez a los seres más diversos y que sin atascarse expone su opinión acerca de cualquier tema» (pág. 24), antípoda del checo. Canetti irá detallando el contenido de las cartas iniciales (quejas de Franz sobre sus trastornos físicos, su indecisión; preguntas minuciosas sobre la vida de Felice: «Intenta establecer un nexo de unión, un canal, entre la laboriosidad y la salud de ella y la indecisión y la debilidad de él», pág. 26), pero lo que más le interesa registrar ahora es el resultado de la relación epistolar.

Dos noches después de su primera carta a Felice escribe *La condena*, de una sola tirada, en una sola noche, en diez horas. Se diría que con esta obra queda establecida su dignidad personal como escritor. (...) En el curso de la semana siguiente surge *El fogonero*, y durante los dos meses siguientes otros cinco capítulos de *América*, dando lugar a un total de seis. Cuando durante dos semanas interrumpe la novela, escribe *La metamorfosis* (págs. 27-28).

Período formidable, pues: Felice representa «exactamente lo que necesitaba» Kafka: «una seguridad lejana, una fuente de fuerza que no trastornara su sensibilidad mediante roces demasiado estrechos; una mujer que estuviera a su disposición sin esperar de él más que palabras» (página 28); inalcanzable, además, para la familia de Kafka. En Berlín, en suma, y él en Praga. La situación sería irónica si no fuera trágica. Ocurre la primera crisis. Felice, «una muchacha de naturaleza sencilla» (página 31), «cuya fuerza necesita sin duda Kafka como un alimento continuo para poder escribir, es incapaz de descubrir a quién está nutriendo con sus cartas» (pág. 39). Nunca se restablecerá el equilibrio de esos tres meses. Equilibrio, por lo demás, basado en un malentendido: es evidente que Felice esperaba una relación normal, desembocando en el matrimonio, mientras que Franz, en caso de esperar algo, no deseaba más que la prolongación del «idilio» epistolar. Kafka, el devorador.

Y Kafka, el imposible. Canetti se dedica ahora a recoger las manías, las obsesiones, los temores de Franz; también sus fuerzas, concentradas en torno a esta intuición fundamental, anotada en su diario el 3 de enero de 1912 (págs. 42-72):

Quando quedó claro en mi organismo que la creación literaria era la actividad más fecunda de todo mi ser, todo tendió hacia ella, desocupando todas mis otras facultades, atraídas por las alegrías del sexo, de la comida, de la bebida, de la reflexión filosófica y, sobre todo, de la música. Iba adelgazando en todas estas direcciones. Ello fue necesario,

dado que mis fuerzas eran en conjunto tan débiles, que sólo unidas podrían ponerse más o menos regularmente al servicio de mis tareas literarias (pág. 46).

No voy a acompañar a Canetti en su minuciosa reconstrucción de los encuentros y desencuentros de la pareja (págs. 72-105): citas en Berlín, petición de mano («Se trata de la más extraña petición de matrimonio. (...) queda patente su oposición instintiva a una convivencia con una mujer. Pero queda igualmente claro que teme la soledad y que piensa en la fuerza que podría conferirle la presencia de otra persona», pág. 83), huida de Kafka, mediación de Grete Bloch, compromiso en casa y ante la familia de Felice, nuevo alejamiento, «tribunal» familiar que decide la ruptura:

Ahora bien, la forma en que quedó disuelto el compromiso, su forma concentrada a modo de «tribunal»—a partir de entonces nunca lo llamó de otra forma—ejerció en él un efecto aplastante. Su reacción comenzó a formularse a principios de agosto. El proceso que a lo largo de dos años se había ido desarrollando por medio de cartas entre él y Felice, se convirtió entonces en ese otro *proceso* que todo el mundo conoce (páginas 105-106).

Otro elemento se añade: el estallido de la primera guerra mundial en agosto de 1914, «nexo entre el infierno exterior del mundo y su infierno interior» (pág. 107).

## KAFKA, EL RESISTENTE

En un puñado de páginas (111 a 126), Canetti ilumina magistralmente la trasmutación de las anécdotas biográficas con Felice en escenas del *Proceso* basándose sobre todo en dos ejes: el paso del compromiso matrimonial a la detención en la novela y la conversión del «tribunal» de ruptura en la ejecución que cierra el libro. Lo hace cotejando las cartas, los diarios y la narración. El resultado es convincente. Más aún porque Canetti se cuida de aclarar que «la siguiente meditación, que desde luego constituye una injerencia, no quita a la novela absolutamente nada de su siempre creciente misterio» (pág. 112). Probada la operación de traspaso vida-obra, Canetti acompaña durante algunas páginas más a la pareja, alude a otras narraciones de Kafka (*América, En la colonia penitenciaria, La metamorfosis*), señala ciertos temas (el desamparo, la humillación, la imagen del perro). Pero lo que me interesa destacar es lo siguiente, pues veo en ello el sentido todo de este estudio:

Uno puede preguntarse si la historia de un auto-retiro de cinco años es tan importante para ocuparse de ella con tanto detalle. El interés por un escritor puede llegar muy lejos, cierto, y si los testimonios existentes son tan abundantes como en el presente caso, la tentación de conocerlos todos y de comprender su íntima coherencia puede resultar irresistible; la insaciabilidad del observador se acrecienta con la abundancia de los testimonios. El hombre, que se considera la norma de todas las cosas, todavía resulta casi desconocido: sus progresos en el conocimiento de sí mismo son mínimos, toda nueva teoría lo oscurece más de lo que lo ilumina. Sólo la investigación imparcial y concreta de seres individuales puede conseguir un paulatino progreso. Puesto que siempre ha sido así y las mejores mentes siempre lo han sabido, una persona que se ofrece al conocimiento tan completamente es, en toda circunstancia, una suerte sin par. Pero en el caso de Kafka hay más, y eso lo nota cualquiera que se acerque a su esfera particular. Hay algo profundamente conmovedor en ese tenaz intento, de parte de un ser exento de poder, a sustraerse al poder bajo todas sus formas. (...) De todos los escritores, Kafka es el mayor experto en materia de poder; lo ha vivido y configurado en cada uno de sus aspectos (págs. 139-140).

Con esto la relación entre Franz y Felice queda situada en su más justa perspectiva; también la psicología de Kafka y, desde luego, toda su obra: es el *resistente*; el humillado pero, no menos, el obstinado. La dialéctica humillación-obstinación produce la resistencia. Canetti va a los textos (págs. 142-164), se detiene en rechazar las interpretaciones usuales del conflicto de Kafka con su padre afirmando: «En esencia, la lucha de Kafka contra su padre no era más que la lucha contra el poder superior. Su odio estaba dirigido contra la familia en su conjunto; el padre no era más que la parte más poderosa de esta familia; y cuando surgió el peligro de una familia propia, la lucha contra Felice adquirió el mismo motivo y el mismo carácter» (pág. 150). Se dispersa incluso introduciendo subtemas o ilustraciones de la humillación-obstinación-resistencia: culpa hacia los animales e identificación con los más pequeños (el topo, por ejemplo), orientalismo de la actitud de Kafka («el único escritor de idiosincrasia china que puede ofrecer Occidente», pág. 164). Después (a partir de la pág. 165 y hasta el final del libro) registra y comenta las últimas peripecias entre Franz y Felice resaltando este lema, válido para el estudio entero: «Toda vida que uno conoce a fondo resulta ridícula. Cuando uno la conoce todavía mejor, resulta seria y terrible» (pág. 179).

Colaboradora involuntaria de la creación kafkiana, partícipe ignorante en la dialéctica humillación-obstinación del Kafka resistente, Felice recibe acaso, con el libro de Canetti, su mejor epitafio.—*JULIO E. MIRANDA* (Avda. Universitaria, esquina a Codazzi. Edificio Llaeco, apto. 23-A. Los Chaguaramos. CARACAS 104. Venezuela).